

El Ampurdanés

SUPLEMENTO

al núm. 1564

correspondiente al Jueves 21 de
Mayo de 1908

Sección Libre

GRAN MERCÉS! Y A DEU SIAU!

El fanatismo ciego a los hombres y *Rarus qui non cæcitat*. ¡Cuán pocos los que no andan á ciegas!

Tan ciegos estarían los catalanistas de ambos sexos, que aplaudieron á rabiarse al escritor catalán, Señor D. Juan Maragall por el *discursito de gracias*, que le encomendó el Consistorio de los Juegos Florales del presente año, que ni uno tan solo de los oyentes que inmerecidamente le aplaudieron, supo comprender que el *discursito* era una aglomeración de faltas de lenguaje, insultos y descortesías. Los latinos decían: *Neque cæcum ducem, neque amantem consultorem adhibeas*, que en buen romance significa: No tomes por guía al ciego ni al apasionado por consejero. Aviso amistoso que dirijo al público apasionado que, sin pensarlo, jugaba un papel ridículo.

Empuñemos con fuerte y segura mano el escalpelo de afilada punta y doble corte para disectar ese putrefacto cadáver literario.

¡Gran mercés!

Frase anticuadísima, tan sólo usada por los analfabetos de villorrios y alquerías, nunca jamás pronunciada por personas cultas ó regularmente educadas; frase que ya nació contrahecha por la discordancia del adjetivo con el sustantivo. El primero singular y plural el último.

¡A Deu siau!

¡A Déu siau! así acentuada la é, muda, significa Dios y se diferencia del déu del verbo *deber*, catalán castizo, y del *deu* adjetivo.

Déu, déu, deu. Dios debe diez, en castellano. Así se escribe gramaticalmente el catalán, Sr. Maragall.

Pero *A Déu siau*, dirigiéndose á la Reina, antes de la Hermosura, á respetables autoridades, á damas, damiselas y caballeros, lo más distinguido de la rica sociedad barcelonesa, es una necedad, una falta de educación.

Perdone V. la claridad con que le hablo, Sr. Maragall.

Para convencer á V. de la certeza de cuanto acabo de afirmar nos trasladaremos al terreno práctico.

¿Qué diría V. mismo y que dirían los finisimos, atentos y distinguidos señores de Noble, padres políticos de V., con cuya amistad me honran, si al despedirme de la visita, que les debo, lo hiciera en esta forma:

¡A Deu siau!

De seguro que ellos, su hija D.^a Clara c. p. b. y hasta las angelicales hijas de Vdes., instruidas, dulces y hermosas, como ángeles, á quienes tanto amo y admiro, de seguro que todos ellos me mirarían con sorpresa y exclamarían al quedarse solos: ¡Qué mal educado, que ordinariez la del Sr. Vancells!

Les sobraría la razón, y, de seguro, que la cristianísima Sra. D.^a Maria de las Angustias elevaría una plegaria á su celestial Patrona para que me librara de ser encerrado en un manicomio.

¡Qué diferencia del *A Deu siau* maragallésco al del inmortal Aribau!

¡A Deu siau, turons! per sempre ¡á Deu siau!
¡Oh! serras desiguals que allá en la patria mia dels nuvols y del cel de lluny vos distingia per lo repós etern, per lo color més blau; etc.

Entre el inmortal Aribau y Maragall media más distancia que de la Tierra á Júpiter.

Pues aplíquese V. el cuento, Señor de Maragall.

En el párrafo 4.^o dice V.—que *cadascú la sentís ab lo tò que li correspon que la Reina y les dames hi sentís in dolçura y gentilisa*. ¿Gentileza? ¡eh!

¿Cómo se siente la gentileza?

¡Qué ripio! ¡Válgame el Cielo!

Se puede sentir pena, dolor, malestar, gozo, contento, alegría, etc.; pero sentir gentileza... no la siente ni el mismo Dios que la creó.

Sentir gentileza es igual á oír necedades.

Y ese *Cadascú*.

En día nublado lo inventaría V. ¡qué engendro! pues tal monstruosidad no existió jamás y es rechazada por cuantos conocen nuestra lengua, porque se sabe que en catalán se usa el *Cada hu*, del latín *quisque, unusquisque*, y no el *Cadascú*, que trasciende á la legua á nauseabunda ordinariez. Y prueban mis afirmaciones las siguientes frases catalanas netas:

Cada hu del seu ne pòt fer lo que vol.

Cada hu lo que siga seu.

Cada hu ab lo que la pèga, modismo hermano del castellano. Cada loco con su tema, y cada lobo por su senda.

Luego sigue diciendo D. Juan (no Tenorio) Maragall:

Mes enllá del recinte d' aquets murs y del recinte de aquesta vida nostre.

¿De donde saca V. desdichado *camprosiàno* que *recinte* es palabra catalana,

cuando nadie la conoce ni consta en ningún diccionario de la lengua, salpicada ahora de insultos por esos escribidores de *Les mares, Les ninetes, Les burricades, Els pares, Els tontos*, cuando en catalán literario debe escribirse *Las mares, Las ninetas, Las burricadas, Los pares, Los tontos*, etc.

V. también Sr. D. Juan es de los que no saben la formación de los plurales.

Pues volviendo al sustantivo *recinte* debe V. escribir *recinto* catalán y castellano á la vez.

Y eso de tratar de perros y perras á la Reina de la Fiesta y á cuantos tuvieron la paciencia y el mal gusto de sentirse locos de alegría y de entusiasmo por el discurso de V. ¡Infelices! Eso no lo hace más que un desequilibrado erudito á la violeta, *vosaltres*—dice el maestro de los bebés catalanistas—*que un día regnareu y glatireu en festes tan semblants (semblants)* debe escribirse, porque el plural de *semblant* se forma añadiéndole una s, como *gegant, gegants* y no esa *es burricada*. ¡Cuándo yo afirmaba que no sabía V. la formación de los plurales!...

Volvamos á las damas y caballeros que *Glatiren* en fiestas parecidas. *Glatir* v. n. significa en catalán: Ladrar de cierta manera el perro cuando persigue la caza.

Pues ya lo saben ustedes entusiastas maragallistas, según Maragall, pertenecen todos ustedes á la raza perruna.

Debe saber el desdichado escritor y cuantos se afanan por destronar la lengua catalana que nunca jamás se debe confundir el verbo *Glatir*, perruno, con el *Clapir*, precioso verbo, de una armonía imitativa, que encanta, el que significa palpar el corazón humano. Los perros *glateixen*, y *elapeixen* los corazones humanos, dotados de elevados sentimientos cuando una fuerte emoción les embarga al alma.

Suplicamos al célebre filólogo Reverendo señor Alcover que tenga ésto presente al formar el Diccionario de la Lengua Catalana.

En el último párrafo nos suelta el señor Maragall otra palabra, por él inventada, con la cual nos evidencia de que él no ha nacido para *inventar palabras nuevas*, según expresión de un ex-crítico del *seculo diario* «La Vanguardia». Aquella es la siguiente: *Misteripsament*. Para pronunciarla es preciso haberse purgado el día anterior y tener la lengua muy lim-

pia. ¡Qué melódica! ¡qué linda palabrota! ¡Fuera digna del célebre Petronio, el árbitro de la elegancia y del buen gusto en la época neroniana!

Para que se convenza el *papá* del *discurso de desgracias*, le diré: que no debía tomarse el trabajo de inventarla, pues no tenía más que cargar con la molestia de abrir el diccionario catalán y en su tomo segundo página 121 hubiera hallado:

Misteriosament adv. m. ab misteri, ab secret ó de amagat.

Como el Sr. Maragall escribió *La festa de la cullita de la ceba*, ó sean los resultados electorales de la ya agonizante *Solidaridad*, los fanáticos separatistas pretenden elevarle al pináculo de la gloria y solamente podrán conseguir, por más que le empujen, dadas sus alas de casoar, asentarle en las torres-palomares de las moradas barcelonesas.

Debo también manifestar al catalanista de conveniencia que estuvo muy poco galante con la Reina de la Fiesta, pues de su *poética* mente ya perturbada por el fanatismo político, no brotó para la bella y elegante María Ricart ni una frase alhagüeña, ni una flor poética, ni un modismo encomiástico, que todo poeta verdadero debe cultivar siempre en el pensil de su fantasía para ofrendar, con ellas á manos llenas, no tan solo á una *Reina de la Fiesta*, sino á cualquier dama ó damisela, á quien Dios la haya dotado de hechizos y aún que no los posea.

Tan sólo dedicó V. á María Ricart la siguiente frase, huérfana de sentido común, de galantería, caballerosidad y agradecimiento: *Derrera del cap florit d'aquesta Reyna, jo'n veig altres, que foren igualment gentils, coronats com aquest de flors y randes...* Como diciendo: no te enorgullezcas, que otras Reinas ocuparon ese sillón antes que tú, con las cabezas coronadas también de flores y *randes*.

Tiene V. el don del desacierto, esa palabra *randes* no es tampoco catalana, pues tanto en nuestra lengua como en la cervantina se escribe *Randa*, que significa—*especie de puntas traballadas ab agulla ó teixit*—del latín *Reticulum ex filis subtilissimis textum stragulum lineum...*

Preciosas y ricas Blondas catalanas adornaban la hermosa cara de la Reina de la Fiesta: no las burdas y baratas *randes* que ella no usó jamás, á Dios gracias, por ser hija de los Marqueses de Santa